

3.Desajuste

Woland



Capítulo 1

Desajuste

Había olvidado el principio de todo, el inicio paulatino del hábito que dominaba su vida. De pronto un día se encontró sentado en el escaño emplazado frente al malecón, amparado en la sombra de un árbol que se repetía en la larga acera, mientras miraba la llanura infinita del mar de Agosto.

Todas las semanas al mediodía después de trabajar en el taller, descendía por uno de los callejones angostos y empedrados que nacían en La Plaza De Los Héroe y terminaba sin darse cuenta frente al malecón.

Después de advertir la costumbre que empezaba a destacarse en su itinerario minuciosamente establecido, decidió incluirla a regañadientes, aunque después lo consideró un mal necesario, puesto que, al pasar largas horas sentado observando el mar y los barcos deslizándose, se le ocurrió añadirlos como uno de los nuevos atractivos de su inventario de maquetas.

El taller no siempre fue de esa naturaleza. Décadas antes cuando aún era un niño, la especialidad de la casa eran los relojes; habían platinados, bronce, dorados; de tamaños variados y de pesos distintos. Cualquiera que se detuviera frente a la tienda y mirase desde la acera a través de los ventanales o la puerta de cristal, no tardaría en darse cuenta que los relojes saturaban la mirada, acaparando todo el ámbito como un ornamento de perlas en un arrecife.

Su abuelo presidía el lugar; era un señor disciplinado y pedagógico, le había enseñado el arte de ensamblar piezas, con paciencia, control y precisión «Estas son virtudes necesarias para la vida, así uno aprende a dominarse esin importar la situación», le había dicho muchas veces.

Y era cierto. Cuando su abuelo se enteró de la muerte de su único hijo en la revolución de octubre, no derramó ni una sola lagrima, solo se dirigió a su nieto y le dijo sin perder la calma en la voz que su padre estaba en un lugar mejor y que no lo volvería ver después de mucho tiempo. A partir de ese instante se consagró en cuerpo y alma a la tarea de educarlo, enseñándole de cuanta cosa creía pertinente y preparándolo para los eventos catastróficos que todo persona ha de pasar a en algún momento de su vida.

Su talento, desde niño, era incuestionable, su comportamiento y tendencia a la soledad un tanto extraña, sobre todo para su vecinos y

proveedores de tela más conservadora. Sin embargo, aquel hermetismo autoimpuesto no era impedimento para satisfacer a los clientes más exigentes y a los coleccionistas de ojos amaestrados.

Si bien el taller no estaba ubicado en La Plaza De Los Héroes, recibía numerosas visitas, atraídas por los rumores suscitaban las maquetas diseñadas con la perfección de un prodigio.

Un cliente habitual de familia pudiente y uno de los pocos amigos que había hecho a lo largo de su vida, le propuso un puesto en La Plaza, pero él lo rechazó provocándole un desconcierto.

–Gracias, pero aquí crecí y aquí he de morirme –había dicho con un dramatismo innecesario.

Aquella sorpresa no era para menos; La Plaza era uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad de Friné, después de todo fue allí donde la triada de los generales del ejército español, francés y británico decidieron dividir a Ambrosia en tres y repartíselas para acabar la cruenta guerra luego de la conquista.

Todos compraban allí, pero no cualquiera podía vender, hacía falta tener un buen capital, haber heredado uno de los antiguos edificios o ser acogido por un mecenas como era el caso de Rodrigo Ricci.

Marcel Adoraba ese lugar, el taller había sido lo único que cobraba sentido en su vida, último bastión que lo protegería del mundo y sus dolores, y también el tácito acuerdo que lo ligaba indeleblemente a la figura de su abuelo.

Fue por aquellos días cuando declinó la oferta de Rodrigo que comenzó a desviarse de su camino. Un martes, luego de acabar su jornada y echarle llave a la puerta, decidió visitar uno de los restaurantes de bajo precio para degustar su predilecta chuleta ahumada con papa criolla como siempre lo había hecho, pero el rumor de un estrepito venido del lado de la bahía lo tentó, aunque no lo suficiente para provocarle el impulso.

Y como una aparición en el reluz de la claridad Rodrigo lo tomó del brazo, llevándolo hacia el epicentro que comenzaba a congregarse a los primeros curiosos. No dijo nada, solo se dejó llevar como solía suceder cuando se trataba de él, viendo de vez en cuando en derredor por si alguna mirada indiscreta se colaba en su camino.

Cuando llegaron al malecón, no hubo necesidad de acercarse al sitio del desastre, porque a los lejos se veía un carguero inglés colisionado contra el espigón en cuyo extremo se erigía un faro de más de cincuenta años. Él no lo advirtió, pero en ese momento, ante la visión del barco en el espigón desmigajado, un trauma escondido fue removido en lo más profundo de

su memoria.

Años antes, por allá en el sesenta y cuatro, su abuelo lo había sacado del encierro del taller y los relojes para mostrarle con detenimiento y al detalle el mundo que le esperaba en el instante que heredase la tienda; le presentó los proveedores, a sus compradores más asiduos, lo llevó donde los turcos y sus joyerías, le explicó cómo regatear los precios para hacerse con las piezas más valiosas armado solo con su retórica, y así conseguir embellecer los próximos relojes o cualquier cosa que el pequeño se dignara a construir, pero sobre todo le mostró el puerto y su bahía. Jean-Pierre Toulon, su abuelo, temía esa parte de la ciudad, puesto que allí fue donde abatieron a algunos de los miembros desperdigados de la revolución de octubre.

El destino suele ser caprichoso. Nadie hubiera imaginado, ni siquiera el propio Jean-Pierre en sus pesadillas más absurdas y crueles, que ahí, en el símbolo de su pérdida sería el lugar donde daría su último adiós.

Durante uno de aquellos días de paseos por la ciudad y caminatas en el puerto, se habían topado con el padre de Rodrigo, Jean-Pierre se lo presentó, y entusiasmado le contó sobre los magníficos negocios que tenía el italiano. El señor Ricci, entre halagado y agradecido, sobre todo por los años de relación comercial, decidió invitarlos al cumpleaños de su hijo que curiosamente se llevaría a cabo a bordo de uno de sus barcos.

Esa tarde, jugueteando por toda la proa y creyéndose Robert Maynard y Barba Negra, se trenzaron en una batalla entre risas y rugidos, con espadas de madera y sombreros de ala ancha a bordo de un imaginario Venganza De La Reina Ana, pero en el momento de la ejecución de una espléndida maniobra con el sable, Marcel se enredó en una maraña de sogas gordas como una pitón y cayó pesadamente al fondo del mar. Jean-Pierre al enterarse por la gritería de Rodrigo se lanzó sin pensarlo dos veces en búsqueda del nieto extraviado. Los invitados angustiados y expectantes, exhalaban con alivio al ver aparecer a Marcel temblando entre las aguas, pero desafortunadamente no había rastro del anciano.

Tuvieron que pasar días interminables de búsquedas agotadoras para dar por fin con el cuerpo. Marcel estuvo ahí, esperando con paciencia ver al abuelo vivo ante la mirada triste de los presentes, pero la idea de tenerlo en ese lugar para reconocer el cuerpo había sido demasiado para la moral del señor Ricci. Sin embargo, en el momento de la duda, cuando el padre de Rodrigo lo tomó de la mano para sacarlo de la muchedumbre ya era tarde. La red ascendía implacable, chorreando a raudales con el cuerpo de Jean-Pierre asomándose lentamente en el mazacote de algas y estrellas de todos los tamaños. El encuentro con los ojos blancos y con aquella piel grisácea petrificada por las gorgonas del mar, habrían de marcar a Marcel a tal grado que su mente envolvió la imagen en un velo de impresiones y la arrojó a el rincón más oscuro y olvidado de sus recuerdos. Hasta aquel

martes aciago, donde todo cambió.

Durante esas tardes en las que paseaba hasta al escaño del malecón, acompañado algunas veces de Rodrigo, y otras en completa soledad, decidió quedarse un poco más. El vaivén de las olas, el perfume del mar y el rumor de las aguas chocando contra las rocas le provocaban una sensación confusa, pero se dejaba llevar complacido no sin una brizna de temor.

Sintió frío y creyó conveniente comprarse una cajetilla de cigarros y una bufanda lanuda en los puestos cruzando la avenida, para así seguir experimentando la sensación en ese lugar. Mientras dejaba rodar la mirada en la inmensa tiniebla, notó el parpadeo del retazo de luz que proyectaba el viejo faro. Se volvió a su dirección y vio como lentamente se iba extinguendo entre cada giro el brillo luminoso hasta notar la silueta solitaria de una persona.

Aquel episodio alargó las horas en el malecón. No entendió por qué, pero la visión del oleaje y los barcos no alcanzó a mantener la emoción que venía experimentando hasta entonces; ahora se quedaba más tiempo, a pesar del aumento paulatino de las mareas que agravaban su temor recóndito a los fondos marinos, a las algas, y a las repugnantes estrellas granuladas de sus pesadillas.

Así anduvo varios meses, provocando el descenso de la producción por sus constantes achaques de salud a cuasa de los resfriados que nunca reveló a Rodrigo; se decía en medio de la fiebre, murmurando entre el delirio que el secreto de las horas extras en el escaño era solamente suyo.

Hasta que una noche, concentrado, esperando pacientemente aquella silueta, la vio de frente, como mirándolo a los ojos en la lejanía del faro y sintió un frío pavoroso que no venía de la brisa, sino desde adentro de sus huesos. Sin pensarlo levantó la mano temblorosa, emulando torpemente un saludo informal, mientras la figura delante del ojo luminoso replicaba el movimiento.

Y cuando el giro monótono del retazo de luz volvió a su punto de partida, vio espantado la silueta encaramada en la baranda.

–Mierda. –dijo –Por favor no te tires.

Entonces echó a correr.

–¡Ayúdenlo! –gritaba –¡Agárrenlo que se va a matar!

Pero no había nadie escuchándolo, solo estaba él y las ráfagas nocturnas y

el choque de las olas.

Cuando llegó al espigón, agitado y casi desmayándose, sintió un terror profundo ante las ruinas destrozadas por el carguero inglés. Trató de sobreponerse, respirando hondo, pensando a cada segundo en la vida que estaba apunto de perderse. Tomó aire, reunió fuerza de donde no había y saltó, cayendo como el plomo en el otro borde despedazado, con las olas jaloneándolo, trepando por su ropa y sus piernas en una efervescencia de tentáculos queriéndolo arrastrar hasta el seno de las aguas. Se atenazó con las manos raspadas y como pudo se incorporó y subió abrigando la esperanza de que aún estaría allí; brincó entre cada peldaño, se impulsó prendido del pasamanos hasta que llegó al último piso y cuando creyó agarrar la silueta en la penumbra, la luz lo cegó en su cortina blanca.

Se aferró a la pared, jadeando, suplicando entre el ahogamiento y las lágrimas. «No lo hagas, por lo que más quieras»

Al retornar poco a poco la visión de sus ojos lastimados, notó el espejo cuarteado en la pared y entonces comprendió la realidad de los hechos. Miró sus manos, las cubrió con las tiras del saco y se acercó a la baranda, vio el paisaje de sombras, la tormenta acercándose entre destellos, sacó la cajetilla de cigarros y el encendedor, y fumó a gusto hasta al amanecer.

Woland Verdecia.